



LITERATURA Y FRONTERAS

UNA LECTURA DE 2666 DE ROBERTO BOLAÑO

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS

Siempre he pensado, tal vez utópicamente, que la literatura no tiene –o no debería tener– fronteras. Por eso, al escribir aquí sobre literatura fronteriza no puedo dejar de recordar que la literatura, sobre todo en el recién pasado siglo, o al menos una buena parte de ella, no ha sabido alejarse de las ideologías para ser simplemente y nada menos que una manera de contemplar el mundo, al hombre y sus problemas existenciales y, al mismo tiempo, observarse a sí mismo y conseguir así, o al menos intentar, una mejor comprensión del mundo.

Coincido con Gao Xingjian cuando dice que “el autor realiza el propósito fundamental de la literatura cuando no escribe para complacer al lector ni para ganarse la vida, sino por la necesidad perentoria de expresarse”.

Seguramente me estoy alejando de lo que realmente debe constituir el tema central de este artículo: la literatura fronteriza o de fronteras –no sé cuál será el término más acertado–, pero quería dejar claro mi visión sobre la razón de ser del escritor. Y es que creo que el escritor es más auténtico cuando escribe para sí y desde sí mismo, aunque esté condicionado –quién no lo está– por las circunstancias socio-políticas, afectivas, emocionales, etc. del mundo en que vive. Pero si, como pienso, el momento creativo es el más libre de todos, la escritura tiene que saber trascender las circunstancias personales y tomar la distancia suficiente como para poder, desde esa situación, yo diría que privilegiada, dar testimonio de su realidad con entera libertad. Ardua tarea esta de la que hablo.

Eso no quiere decir que el escritor o la escritora no puedan ser personas comprometidas políticamente, porque estoy convencida de que la mayoría de nuestros actos, de nuestras palabras y, mucho más, de nuestras ideas, tienen un gran componente político, en el sentido amplio de la palabra.

Sin embargo, el distanciamiento de estos compromisos es necesario, a no ser que lo que queramos hacer sea una literatura de denuncia que, la mayoría de las veces, es válida solo en un momento dado, a no ser, claro está, que la calidad literaria supere esta denuncia, lo que no sucede en muchas ocasiones.

Partir de nosotros mismos para conocer a los demás, de nuestras sensaciones y reacciones ante lo que ocurre al otro o a los otros, el darnos cuenta de nuestra imperfecta condición de seres humanos, en resumen, de nuestra realidad, es ya, a mi entender, un primer paso para hacer una literatura perdurable, que no “pase de moda”.

Parece paradójico hablar de literatura fronteriza en un mundo globalizado en el que, teóricamente, no existen fronteras. ¿Pero es esto real? Por suerte en algunos aspectos y por desgracia en otros –llámense económicos, sociales, etc...– esto no es real. Las diferencias entre países pobres y ricos se han acrecentado, y todavía lo sigue haciendo, y el mundo, la tierra va deteriorándose, tal vez irremediablemente, por la locura especulativa del hombre.

Pero en lo que se refiere a la literatura, ésta siempre ha tenido una vocación cosmopolita y ahora, sobre todo después de la caída del muro de Berlín, la literatura ha traspasado fronteras, con lo que la llamada “globalización” ha tenido un efecto feliz para ella, ya que podemos acceder a cualquier autor, aunque este sea de nuestras antípodas. Y así, a través de la literatura, podemos conocer costumbres, formas de pensar y vivir completamente diferentes a las nuestras, pero no como quien las ve en un documental, a través



de Internet o en un libro de historia, sino de una manera más profunda, ya que el escritor nos hace ahondar y sensibilizarnos para comprender esas diferencias.

De ahí que, acaso, la misión más difícil de la literatura no sea tanto el traspasar las fronteras geográficas sino las mentales, ya que el hecho literario puede y debe —o al menos es deseable que así sea— convertirse en un antídoto contra la incompreensión, el fanatismo y/o la intolerancia, al mismo tiempo dar testimonio de una realidad, aunque esta nos deje un regusto amargo, perplejo o agri dulce y, a partir de ahí, nos mueva a la reflexión para que ese interés por lo diferente nos lleve a su conocimiento y respeto.

Y si hay una novela que nos habla de lo diferente y que además se ajusta a lo que hoy ha dado en llamarse literatura fronteriza, esa es *2666* del escritor chileno Roberto Bolaño.

Antes que nada hay que tener en cuenta que el significado del término “frontera” ha variado de forma sustancial.

Si según el DRAE, “frontera” es la “línea que separa un estado de otro”, en estos momentos no solo tenemos que hablar de fronteras geográficas o políticas, sino también económicas, culturales, religiosas etc., aunque predomine la concepción de frontera como límite geo-político. Y es más, en contra de lo que puede parecer lógico, una frontera, un sitio fronterizo es, actualmente un lugar donde todo se mezcla.

Si nos centramos ya en Hispanoamérica, debemos destacar que se da en ella la confluencia de muchas culturas, no solo la indígena y española sino la de otras naciones, a lo largo de su historia.

A todo esto hay que añadir, en el caso de la novela que nos ocupa, la existencia de las llamadas “fronteras mixtas”, es decir, aquellas en las que concurren las fronteras geográficas y las que han sido constituidas por el proceso de colonización, de las que es un ejemplo México, y más concretamente la ciudad de Juárez (en la novela *Santa Teresa*), lugar en el que se desarrollan las partes centrales de la novela “La parte de Fate” y “La parte de los crímenes” y a la que van a parar todos los personajes de la novela.

Para quienes no la hayan leído, les pongo en antecedentes con un resumen o intento de resumen, ya que es una novela —en realidad son cinco novelas en una— de más de mil páginas.

Tres hombres y una mujer universitarios marchan tras la pista de un escritor alemán Benno von Archimboldi, seudónimo de Hans Reiter, nacido en 1920 y desaparecido antes de que su obra fuese suficientemente conocida y mucho menos reconocida. En la primera parte, o primera novela, “La parte de los críticos”, los cuatro personajes mencionados dan con una pista de Archimboldi que los

conduce a la ciudad mexicana, fronteriza con Arizona, de Santa Teresa. Allí conocen a Amalfitano, un profesor chileno que trabaja en la Universidad de la ciudad (“La parte de Amalfitano”) y a Óscar Fate, un reportero que viene de Detroit a cubrir un combate de boxeo y descubre los asesinatos que se producen en la zona fronteriza de la ciudad (“La parte de Fate”). Por último se nos cuenta la biografía del propio Archiboldi, su vida errante por Europa, después de su terrible experiencia en la II Guerra Mundial, y su exilio voluntario, tanto personal como literario, cuando ya cuenta ochenta años, en la ciudad mexicana (“La parte de Archiboldi”).

Realmente estas, llamémoslas, cinco novelas, se centran en dos historias principales: la de Archiboldi y la de la ciudad de Santa Teresa y sus escalofriantes sucesos. Alrededor de estos dos ejes giran otros personajes, protagonistas a su vez de otras historias. En otras palabras, *2666* trata de la literatura y la violencia.

¿Por qué Santa Teresa (o Juárez, tanto da)? No creo que fuese, sencillamente para dar cuenta de los terribles asesinatos cometidos en esa ciudad, sino también para darnos una visión, entre la observación minuciosa, la ironía y la crítica de la historia y la literatura, además de ofrecernos una visión desgarradora de una realidad en la que viven los habitantes de Juárez, sobre todo del miedo en el que viven las mujeres ante la posibilidad de ser las próximas víctimas.

¿Qué es lo que convierte a Santa Teresa o Ciudad Juárez en un lugar en el que la mayoría de los asesinatos de mujeres quedan impunes; donde la policía se muestra remisa y hasta entorpece la búsqueda de la verdad y donde incluso el propio gobierno está implicado?

Santa Teresa es, como hemos dicho, un lugar fronterizo entre México y Estados Unidos y, al mismo tiempo, una ruta del narcotráfico. Una zona donde coexisten, como bien dice Carlos Fuentes, los coches de lujo y el burro, las grandes casonas y las chabolas en medio del desierto, los centros comerciales y los basureros.

Otra característica que no se nos puede pasar por alto es que México pierde gran parte de sus territorios a favor de Estados Unidos, de ahí que se derive un nuevo conflicto fronterizo que, en este caso, favorece la impunidad de los asesinatos pues, en Ciudad Juárez, al igual que en otras ciudades fronterizas como Tijuana, se produce un sorprendente fenómeno de migración de un lado a otro de la frontera.

Santa Teresa (Juárez) es lo que llamaríamos una “ciudad bisagra” o borde, un espacio que, en mitad de un desierto, se convierte en un escenario de muerte.

Y el narrador, con un estilo periodístico y minucioso, que casi podríamos calificar de frío, nos cuenta los asesinatos de mujeres, sobre todo de trabajadoras en maquiladoras y que suelen ser muy jóvenes, casi niñas a veces, delgadas, de pelo negro y largo y, por supuesto, atractivas, en una ciudad rodeada de terrenos baldíos y basureros. Asesinatos que, como dije, nunca se resuelven.

“La primera muerta se llamaba Esperanza Gómez Saldaña y tenía trece años. Pero es probable que no fuera la primera muerta. Tal vez por comodidad, por ser la primera asesinada en el año 1993, ella encabezaba la lista. [...] Luego el cuerpo fue llevado a la morgue del hospital de la ciudad, en donde el médico forense realizó la autopsia. Según ésta Esperanza Gómez Saldaña había muerto estrangulada. Presentaba hematomas en el mentón y en el ojo izquierdo. Fuertes hematomas en las piernas y en las costillas. Había sido violada vaginal y analmente, probablemente más de una vez, pues ambos conductos presentaban desgarros y escoriaciones por los que había sangrado profusamente.”

Una realidad brutal que Bolaño no quiere que nos pase desapercibida. (No olvidemos que los medios de comunicación hablan de más de trescientas mujeres asesinadas, aparte de las desaparecidas, y todo ello con total impunidad).

Pero la violencia que denuncia Bolaño en su novela, no es solo la de Ciudad Juárez, a cuyas mujeres el escritor, a su manera, rinde homenaje, sino también la de Europa, centrada esta vez en la II Guerra Mundial.

Estamos pues ante un salto de fronteras que la violencia se ha encargado de romper.

Una violencia que no ha cesado a pesar de una presunta paz que no es tal y que en esta novela se nos pone de



relieve de una manera cruda, sin tapujos. Y su autor lo hace así porque quizá pensaba, y con razón, que esta especie de “monstruosidad” en la escritura es la única que puede despertar nuestras conciencias.

Por otro lado, en la novela de Bolaño encontramos cómo la muerte se acepta con una suerte de fatalismo en el que el obrero o mejor, la mujer obrera es una parte más del engranaje de un sistema que es fácilmente reponible.

Esa aceptación del destino que nos muestra el escritor chileno y que refleja una desgraciada realidad, nos hiere por la inacción, por la desidia de “los otros”, cuando no por el encubrimiento.

La frontera real, geográfica y política, que nos presenta *2666*, contrasta con las de Europa, después de la II Guerra Mundial, cuando las fronteras pierden su importancia y cuentan más la interrelación, las conexiones, y don-

de cada cual construye su jerarquía de valores, lo que, desgraciadamente, no ha terminado con la violencia. Y también, en el caso de Europa, Bolaño nos sacude con esa terrible visión de la Alemania tras la guerra.

“Aquella mañana, mientras paseaba con Reiter por la ciudad destruida, Ingeborg Bauer le dijo que vivía, junto a unos desconocidos, en un edificio cercano a la estación de tren. Su padre había muerto en un bombardeo. Su madre y sus hermanos habían huido de Berlín antes que la ciudad quedara cercada por los rusos. Primero estuvieron en el campo, en casa de un hermano de su padre, pero en el campo, contra lo que ellas creían, no había nada que comer y las niñas solían ser violadas por sus tíos y sus primos. Según Ingerborg Bauer los bosques estaban llenos de fosas en donde los lugareños enterraban a los que venían de la ciudad, después de robarles, violarlos y matarlos.”

Y así, volvemos al principio, cuando hablábamos de literatura fronteriza, porque, en el caso de la novela de Bolaño, esta tiene como característica no sólo la mezcla de géneros (el paso de lo narrativo a lo lírico o a lo periodístico), sino la complejidad de sus historias, de sus personajes, a pesar de que tengan todos un hilo conductor: Archimboldi.

Bolaño nos ha sabido encerrar, con la maestría que le caracteriza y su mezcla de ironía, lirismo, imaginación y claridad, en un laberinto de historias, de escenarios, de tiempos diferentes, que nos llena de inquietud por ese futuro año 2666.

Y es que el mismo autor dijo en una de sus últimas entrevistas, cuando se le preguntó qué entendía él por una literatura de calidad, contestó: “Pues lo que siempre ha sido: saber meter la cabeza en lo oscuro, saber saltar al vacío, saber que la literatura es básicamente un oficio peligroso.”